



ESCENA DE LOS TIEMPOS FEUDALES.

*«Mas amaba la tierra que non al Criador:
era de muchas guisat home revolador.»*

BENCRO.

Qué sonoro era el nombre de vasallo, cuando á par del podenco y del caballo, y peor muchas veces que uno y otro, nunca tan bien como á gallardo potro, ligero en caza y atrevido en guerra, se trataba al monarca de la tierra! ¡Qué grato era el escelso predominio fundado en la violencia y esterminio, y nutrido con robo y con saqueo! ¡Con qué orgullo se alzaba cual trofeo de ilustre sangre el complicado escudo en que la mano del artista rudo trazó leones, águilas y grifos y otros innumerables logogrifos! La voz *pueblo* era entonce idioma turco; el que regaba con sudor el surco donde nacer debiera blanda espiga, no recompensa ya de su fatiga, si propiedad de un hombre rico y bravo; no era un hombre cual él; era un esclavo; era una escoria vil; era un insecto; era un producto bárbaro, imperfecto; una especie de máquina insensible

Segunda série. — TOMO III.

de cuyas manos, ropa y comestible, placer y holganza, y bienestar sin coto nacer debian, cual de cabra choto para el ente alojado en el castillo; ¡Y cuidado con él! Horea y enchillo, benéficos emblemas, colocados en el lindero fiel de sus estados anuncian la infalible recompensa de una soñada ofensa.

II.

Mil vasallos, ó bien mil toscos brutos rellenan con diezmos y tributos, primicias y alcabalas, y otros pechos las arcas de D. Arias, cuyos techos que proclamó la fama y yo no tildo, pródigo galardona Hermenegildo, guerrero, santo y rey en una pieza. Terrenos amplios, que en rural belleza y en lujo vegetal y en aura pura sobrepujan del Tempe la hermosura, obedecen las leyes de D. Arias. Con linfas puras de corrientes varias el Jarama espumoso fertiliza sus oteros y prados, y desliza con sonoro rumor sus aguas nobles por entre verdes sauces y altos robles. Allí la madreselva y albo espinoso del tejo adusto, y elegante pino hermosean los fustes y las copas, como se cubre de esplendentes ropas

17 de enero de 1841.

bajo rico dosel fiero tirano.
Vierte allí sus tesoros el verano
dando al trabajo galardón opimo,
ya en grano rubio ó pálido racimo;
y en la hondura que forman dos repechos,
con la fachada al Sur se alzan los techos
de donde imprime á sus vasallos susto
el infanzon adusto.

III.

Seis pies y tres pulgadas de estatura,
carnuda y ancha faz, mirada dura,
robusta espalda, y gigantesco lomo,
miembros de hierro, y corazón de plomo,
pasiones viles, miras temerarias,
que no enfrena el deber. -- Tal es Don Arias.
Su código es la fuerza; su capricho
móvil de sus acciones. Quien ha dicho
de Calígula que era sangre y lodo,
hizo al vivo el retrato de este godo.
La guerra es su elemento; cuando lidia
feliz está y gozoso; y se fastidia
cuando reina un monarca pio y manso;
¿Qué es al guerrero insípido descanso
que no amenizan sangre, incendio, y muerte?
Buena es la caza para el hombre inerte
que se recrea en cuentos y romances.
Es verdad que sus riesgos y sus lances
son de mas árdua lid nobles ejemplos;
pero en la caza no se roban templos;
ni se desfloran vírgenes; ni cunde
la sangre humana; ni la caza infunde
rabia de asolación y de ruina.
Tal era de D. Arias la doctrina.
La paz á su castillo le destierra,
y en sus calladas bóvedas se encierra
mustio, aburrido, solo con Ricardo,
santísimo varón, monge Bernardo,
que desempeña obligaciones hartas:
decirle misa y decorarle cartas.
Porque esta flor y nata de Castilla
no aprendió la cartilla.

IV.

«Ricardo; ven acá; cuéntame un cuento.»
Ricardo entra en la sala, toma asiento,
y empieza á repetir con punto y coma
la gran entrada de S. Pedro en Roma
montado en un trotero peregrino,
y llevando las riendas Constantino.
Detras viene en cadenas el diablo,
y le han puesto los grillos de S. Pablo,
con lo que lanza una bufada bronca.
Don Arias no le escucha, sino ronca:
despierta cuando el monge humilde calla.
«¿Qué no sepa inventar esta canalla
cosa que me divierta! Ni un adarme
de ingenio tienen. ¿Qué he de hacer? Casarme.
»¿Ocurrencia feliz! ¿Con quién? -- «Estrella
(dice el fraile) es lindísima doncella,
de sangre noble y de lucidas partes.»
«¿Qué es hoy? -- «Domingo» -- Pues me caso el martes.»
Marcha al castillo de su padre, y dile
lo que tu ingenio singular cavile,
para que me conceda la muchacha.
La mula torda llevarás; despacha;
y cuando me levante de la siesta
me darás la respuesta.

V.

Cual transparente gota de rocío
timida, luce en valladar sombrío
sobre el pétalo blando del capullo;

ó cual escaso arroyo que en murmullo
voluptuoso orea la espesura
donde se lanza su corriente pura,
tal en sabrosa oscuridad Estrella
la vida pasa silenciosa. Bella,
cándida, pensativa, pudorosa,
de altiva aspiración, alma fogosa,
leve imaginación y habla suave.
En su mirada placentera ó grave,
que parece encerrar alto secreto,
no solo inspira amor sino respeto.
Sus gracias, su inocencia y su hermosura
son el potente bálsamo que cura
del padre la fatal melancolía.
Fue D. Alonso poderoso un día;
fue terror de las huestes agarenas;
y la sangre que fluye por sus venas
por las de Wamba y Recaredo fluye;
mas hoy esquivo de sus puertas huye
prosperidad, y palido á sus ojos
alzándose en ruinas y despojos,
pavoroso infortunio se presenta,
y de su corazón el gozo ahuyenta.
Tal la dicha es fugaz y transitoria:
las manos que arrancaron la victoria
del musulman en afanosa guerra
hienden hoy las entrañas de la tierra.
La suerte aflige al hombre, mas no abate
la altivez del magnate.

VI.

Cual era de temer, Ricardo torna
con un No positivo, y aunque adorna
su triste narración con largas frases,
cual se desploma un monte por sus bases
del terremoto al furibundo empeño,
tal vió hundirse el orgullo de su dueño.
Calló el perverso, como el viento calla
en horrendo huracán, y luego estalla
con renaciente rabia y predominio,
y en ráfagas se lanza de esterinio.
A su voz imperiosa se congrega
la caterva feroz, que en la refriega
sigue sus pasos y su ardor incita.
Otra vez á la marcha los concita,
y ellos al crimen y al furor apuestos,
cual bandada de pájaros funestos
que conduce un instinto sanguinario
siguen fieles al jefe temerario.
¿Qué espectáculo horrible! A la inclemencia
del invasor, en debil resistencia
se opone D. Alonso, con la ayuda
de sus fieles vasallos, gente ruda,
y no á sangrienta lucha apercibida.
Exhausto de lidiar, casi sin vida,
y sus vasallos rotos y deshechos,
mientras cunde la llama por los techos,
donde Estrella infeliz tiembla afanosa,
cede el padre á la mano poderosa
que dobla su altivez cual leve paja,
y se somete al hombre que le ultraja.
Hija y padre caminan al castillo
del bárbaro caudillo.

VII.

La escena de pavor, estrago y muerte
en turbulento gozo se convierte.
De perfumada cera enormes cirios,
guirnalda de claveles y de lirios,
morisca alfombra y milanés brocado
brillan pomposos en el rico estrado
del victorioso robador. Al frente
debajo un trono de tisú luciente
Don Arias aparece junto á Estrella:

ebrio el de vino y de placer; mas ella
pálida, inmóvil, como estatua fría
que hermosa la etrusca galería.
Fijas en el vistoso pavimento
sus miradas estan; ni un leve aliento
de su oprimido corazón se exhala.
La estrepitosa música, la gala
de la alegre y festiva concurrencia
son á sus ojos fúnebre sentencia,
terrible anuncio de su fin temprano.
Sumido en onda pena el noble anciano
la víctima contempla enternecido,
y dirige á los cielos un gemido.
Los cielos, mas potentes que D. Arias,
oyeron sus plegarias.

VIII.

¿Quién es el reverendo personage
que en la sala penetra? Un tierno page
le precede gritando: «Dad permiso
al astrólogo armenio, cuyo aviso
no despreciaron coronadas testas.
Recibid humildos las repuestas
que como dulce miel vierte su labio.
De la esfera conoce y Astrolabio
los profundos secretos; y los signos
ora gratos al hombre ó bien malignos,
ora ventura anuncien ó desgracia
ceden á su sublime perspicacia.»
Callan todos y admiran; la presencia
del hombre grande inspira reverencia.
Negro ropon le cubre y negra toca
su frente ciñe; por mejilla y boca
se esparcen ondas de nevadas canas
cual de diciembre las frías mañanas
cuelga del ramo de copada encina
de albo hielo la pompa peregrina.
A D. Arias con grave andar se acerca,
y el alma endurecida, ruda, y terca
del perverso, cual ave fascinada
queda por alto influjo encadenada.
Estrella en tanto mira, y no comprende
la secreta delicia que se estiende
cual linfa pura en arenal tostado
por su seno agitado.

IX.

Párase enfrente de D. Arias, serio
mas no iracundo, el hombre de misterio,
y vacilando entre respeto y duda,
Don Arias balbuciente le saluda.
-- «Hablad -- (le dice al cabo), y de la esfera
los giros consultad y la carrera,
para que en su brillar se patentice
de este enlace el horóscopo felice.»
«Antes se enlazarán tigres sangrientos
(tales fueron del sábio los acentos)
con tímidas ovejas, que tu mano
con la de esa infeliz... -- Felon, villano.»
Llama el impio, y el terrible acero
va á empuñar. -- Era tarde. Mas ligero
que su ademán, el sábio le comprime,
y mientras el criminal de rabia gime
luchando en vano contra el brazo fuerte
que le subyuga como masa inerte,
uno de sus vasallos, que la injuria
no olvida de su honor, con ciega furia
que en su mirada horrendo ardor despidе,
el seno le divide.

X.

Alto clamor de júbilo resuena
por la ancha sala, rota la cadena
de aquel aborrecido vasallage;
y mientras el astrólogo del trage
mentido y de las barbas se despoja
y á Estrella mira, y á sus pies se arroja.
¿Quién era? Etíel su primo, el compañero
de su infancia, que en curso placentero
se deslizó y caricias inocentes:
el que de los ilustres ascendientes
siguió las huellas en reñida hazaña.
Llegó triunfante de region extraña,
y al buscar la mansion de su querida,
la vió en rotos fragmentos convertida.
Alas préstole amor; voló en defensa
de la que adora; y noble recompensa
galardona por fin su acción gloriosa
en conyunda amorosa.

J. J. DE M.



ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL MUNDO INVISIBLE.

III.

EL MOHO.



OLVI á mirar al mosquito; ¡pero habia ocupado su lugar otro fenómeno mas extraño!: plantas gigantescas á manera de enredaderas, con un dédalo inextricable de ramas de todas formas, coloreadas con los mas ricos matices, desde el brillante carmin hasta el tierno verde de la preciosa piedra verdemar, globos transparentes columpiándose en la punta de delicadas y flexibles ramas: en fin ví una verdadera floresta en el hueco de la mano!

¡Esto sí que es admirable! exclamé yo.

Verdaderamente, respondió el doctor, despues de haberlo observado un largo rato; dos minutos he tenido que estarlo mirando para distinguir el menor objeto, y sepa V. que lo que al fin he visto es una cosa que por lo regular inspira disgusto, y nos da ideas de destruccion. ¡Cuántos cuidados no es preciso poner en nuestras casas para librar de ella los alimentos, las paredes y los vestidos! pero un astrónomo olvida algunas veces las cosas mas vulgares de la vida. Entregado V. á sus ocupaciones no se ha cuidado de hacer pintar en la primavera el dintel de su ventana; el sol y la humedad han podrido la madera, se ha cubierto, de moho, de liquen, y una ligera partícula que se acaba de desprender ha caido por casualidad en su mano de V. haciéndole ver una inmensa floresta de vegetales desconocidos.

—No ha causado esto la casualidad, sino Dios mismo para humillar mi ignorancia.

¿Es tan curioso el observar de cerca el moho?

Que ¡La putrefaccion es tan curiosa de observar de cerca! Le aseguro á V. que estoy bien lejos de pensarlo. Cómo, esa asquerosa podredumbre?... pero qué es esto, señor doctor?

—Querido astrónomo, (mi amigo afectaba darme este nombre por ironía) el moho es aun en la actualidad objeto de serios estudios, de pacienzudas observaciones para el botánico. Hay que estudiarle conteniendo el aliento, porque es un compuesto de vegetales de una finura y de una fragilidad tales que el menor aliento los rompe y dispersa. Bosquejo primitivo de una vegetacion mas completa, el moho es un conjunto de plantas capilares terminadas por pequeños receptáculos que encierran....

—Silencio! calle V., déjeme V. mirar.

—¡El que!

—Un fenómeno curioso: ya se acuerda V. de los globulillos de que acabo de hablar á V.; mírelos V. como se agitan, se retuercen y se estienden, todo está en movimiento; que fuego artificial; estallan como bombas, y lanzan de todas partes un polvo finísimo de oro y de pedrería! oh ¡que espectáculo tan admirable!

—Justamente iba yo á explicarle á V. este fenómeno, replicó el doctor, cuando me ha interrumpido. V. con sus exclamaciones entusiastas. Estos pequeños globos, como le decia á V. ahora mismo, son los receptáculos: en cuanto la planta llega á su crecimiento, lo que se verifica en menos de una hora, los receptáculos hacen su explosión, y de

ellos se lanza una nube de polvo coloreado, cada uno de cuyos granos encierra el gérmen de un nuevo ser; este polvo, llevado por la menor agitacion del aire, se esparce por todos lados, y si encuentra una piedra ó un pedazo de madera húmeda, se pega á ella, el gérmen se desarrolla, crece y lanza su semilla tambien, de suerte que en menos de una noche un solo grano de este polvo podria cubrir de moho una fanega de terreno.

—Que fecundidad!

—Por el moho comienza la serie de las plantas llamadas cryptogamos por los botánicos y que encierra el liquen y los musgos. Si V. me permite voy á tomar un pedacito de madera de la ventana, y á ponerle á V. á la vista algunas especies curiosas de estos últimos.

—Aun no le habia yo dado permiso para ello, cuando sentí que me ponian en la mano una cosa ligera, y al momento pude considerar numerosas variedades de plantas delicadas, graciosas, esmaltadas del mas hermoso verde y y del azul mas grato á la vista una encantadora floresta en miniatura lozana, y frondosa.

—Todo esto, me dijo mi sábio amigo, toma raiz en pedazos de madera vieja de la misma manera que el moho, y se reproduce por medio de un mecanismo casi semejante. Observe V. cuan grande es su número. El botánico cuenta mas de mil doscientas especies, porque todo se clasifica y toma un nombre en el libro de la ciencia, desde estos musgos y este liquen imperceptibles hasta el gigante cedro. Desde el polo al equador cubren los musgos la tierra con los mas vivos colores, y con la mas blanda y delicada alfombra; insensibles al frio del invierno son los primeros en descansar nuestra vista fatigada por el brillo de la nieve; vegetan al pie de las sierras, y estan siempre lozanos y matizados con los colores mas agradables, y se avanzan no obstante su fragilidad hasta á la zona tórrida. Los que tiene V. en la mano son de la especie mas pequeña. ¡Qué creaciones tan admirables son estas delicadas plantas, tan ligeras, tan brillantes, tan galanas, tan dulces y tan suaves al tacto! No las podemos considerar como un lienzo vivo y animado que arroja la naturaleza sobre las ruinas abandonadas por el hombre!

Cuántas de sus bellezas exteriores no perderian nuestras basílicas tan admiradas si no revistiesen estas plantas sus cornisas y sus calados, poniendo en armonía las tintas, y ocultando á nuestra vista las señales blancas que ha marcado el buril del artista. ¡Cuán triste y desairada se nos presentaria la piedra nueva lisa y labrada, si no germinasen en ella los musgos redondeando sus ángulos, y el liquen coloreando su superficie!

—Oh! si se supiera la hermosura que ofrece un simple musgo, le dije yo, cuantas horas perdidas no se pasarían observándole!

—Dice V. muy bien, me contestó el doctor suspirando. El ignorante barre y arranca sin cesar del umbral de su casa riquezas que el filósofo guarda con sumo respeto, y cuyo estudio le hace derramar lágrimas de admiracion.

—Pero no es esto solo, doctor; me parece que veo como animales de estrañas formas marchar por entre las arboledas de esta pequeña floresta.

—Esto consiste, amigo mio, en que nada hay desierto en la naturaleza, ningun sitio está vacío, y no podemos dar un paso sin destruir generaciones inmensas de seres pequeños, que tienen sus costumbres, sus hábitos, su industria, sus amores y sus guerras. Los insectos que viven en estos frágiles musgos no son aun bastante pequeños para deberlos colocar entre los animales microscópicos; porque la mayor parte de ellos son gusanos, cien pies y larvas.

—Estoy observando, doctor, un insecto que trepa con dificultad á la punta de una rama; su cuerpo está cubierto

de toda clase de pedrería, tiene las alas azules, la cabeza encarnada, el vientre verde, y brilla como un carbunclo. ¿Sabe V. que clase de animal es este?

—Sin duda será uno de los insectos mas pequeños, y tan dañinos como hermosas son sus formas. Es un animal temible cuya voracidad puede reducirnos á la necesidad, devorando nuestras mieses.

—Cómo; un insecto tan pequeño!

—Por eso mismo destruye en un instante enormes masas de trigo: la hembra pone hasta unos ochocientos huevos, y es muy curiosa la manera como se conduce para librar á su progenitura de la necesidad: se encarama hasta la espiga del trigo, introduciendo en cada grano una pequeña sonda; deposita en el agujerillo que ha formado un huevo; se cicatriza la piel del grano, madura el trigo y se hace la recolección; y cuando llegan los primeros calores de la primavera da nacimiento el huevo á un gusanillo imperceptible que forma del grano de trigo su morada y su alimento. Este gusano devora poco á poco su sustancia, teniendo cuidado de no tocar la piel, llenando el espacio de la harina su cuerpo segun se vá engrandeciendo, de suerte que el grano conserva su forma, aunque vacío, y cuando se le vá á moler, sale en lugar de trigo salvado.

—¿Y por qué producirá la naturaleza semejantes monstruos!

—Tal vez, como dice el autor de Pablo y Virginia, para atemorizar con sus estragos á los logreros, impidiéndoles reducirnos á la necesidad, encerrando en sus graneros la sustancia que nos hace vivir. Créame V., amigo mio, nada hay dañoso ni inútil en la naturaleza: cada ser marcha por una ruta trazada desde un principio, hácia un objeto determinado, concurriendo á la armonía general: cada criatura forma un anillo de la admirable y no interrumpida cadena que se estiende desde la pequeña partícula de tierra hasta lo infinito de los cielos. Una sola raza que se perdiese acarrearía grandes perturbaciones en la tierra, una revolucion en el globo. Algun día le explicaré á V. el misterioso eslabonamiento y relacion que existe entre los seres, y la insensible graduacion que conduce desde el polvo de un musgo al monstruoso elefante; pero esta es una materia muy grave é imponente que no se puede tratar en una hora. El tiempo avanza: su enfermedad de V. puede cesar de un momento á otro, y apenas ha visto V. nada. Mire V., aquel cubo lleno de agua de lluvia que hay allí bajo en el jardin, nos ofrece un mundo precioso que observar. Espere V. un momento, voy á traerlo á esta mesa.

¡Cuán ignorante era yo ayer! Creía comprender todo cuanto hay en el mundo, y he aquí que hoy sin moverme de mi asiento, y mirando solamente el hueco de mi mano, han contemplado mis ojos maravillas sobre maravillas, y aun no he visto nada para lo que me resta.

Mientras que hacia yo estas reflexiones, trajo mi amigo el cubo de agua, y al inclinar la cabeza para colocarlo en la mesa, le vi el rostro, lo que me causó sumo espanto. Si la bella Helena, le dije, hubiera tenido una nariz tan velluda y tan escabrosa como la de V., una boca tan larga y unos dientes tan anchos, dudo mucho que hubiese sido reducida á cenizas por causa de su hermosura la ciudad de Troya.

—Verdaderamente que la hermosura no es mas que una ilusión, porque Helena tenia tambien la piel escamosa y sembrada de hoyos, huecos y torcidos los cabellos, y cubierto de pelos el semblante; pero Helena parecía hermosa á Paris, porque su vista no le permitia advertir los profundos valles, abiertos en sus mejillas. Si todos tuviéramos ojos microscópicos ¿qué sería para nosotros el sentimiento de lo bello? No siéndonos posible ver el conjunto de las cosas, la pureza de las líneas, la armonía de las formas, la oposicion y variedad de los colores, los juegos de la luz, y no

pudiendo fijarnos mas que en los detalles, nada veríamos en la estatua mas bella mas que una agregacion monstruosa de cristales, de mármoles, y en nuestros semejantes, montañas que se movian. No pudiendo vernos á nosotros mismos sino por pequeñas partes, solo podríamos formar conjeturas acerca del modo como estamos formados. Lejos de estenderse los goces de la vista hasta los cielos, se verían reducidos á la contemplacion de pequeños seres impalpables, que destruiríamos al tocarles, y discutiríamos si era cierto que existia un sol, una tierra, árboles y animales grandes. Nada conoceríamos fuera de esta clase llamada microzairia, y por ventura nos hallaríamos delante de una simple rosa sin mas idea de su conjunto que la que podría formar una hormiga ante una de las pirámides de Egipto.

Si conservásemos en la tierra nuestra posicion vertical, no distinguiendo nada á nuestros pies, nos veríamos como perdidos en una densa niebla, y para ver alguna cosa tendríamos que andar con las manos rozando con el suelo. Para recorrer con la vista una piedra del tamaño de un puño, necesitaríamos una hora de tiempo; y en lugar de preguntarnos si hay mundos mas allá de las estrellas, no sabríamos que lejana antorcha nos prodigaba la luz del día.

J. DE V.

(Se continuará.)

COSTUMBRES ESTUDIANTINAS.

EL ALGUACIL ALGUACILADO.



A tendrán noticia nuestros lectores de la obrita que bajo este título publicó nuestro célebre Quevedo, ó cuando menos habrán visto las viñetas relativas á ella que se insertaron en el número 47 del Semanario del año pasado. Hoy, pues, me toca á mí referir otro pasaje en que un alguacil fue alguacilado, no como quiera por un demonio, sino por una legión de estudiantes. En Dios y en mi ánima, que estuve tentado de poner por epígrafe del artículo el *alguacil estudiantado*, haciendo á los estudiantes por participio, como lo hizo Quevedo con los alguaciles, con lo cual me hubiera evitado la nota de plagio; pero desistí por justas razones, y principalmente por ignorar si esta licencia, que parece bien en un maestro, sería bien recibida en quien solo aspira á *printipiente de aprendiz de literato*.

Era el día 17 de enero... día en que toda la cristiandad celebra la fiesta del glorioso S. Anton, abogado de las bestias (es decir, las de carga y andadura), y es bien que en tal día hay muchos hombres, que lejos de guardar la festividad la convierten en barbaridad (perdonen ustedes que no diga *bestialidad*, pues parece término malsonante) ó bien porque se crean comprendidos en la clientela del santo, ó por alguna otra razon especial que yo no alcanzo.

Pero lo mas extraño es que los estudiantes de Alcalá solían tambien guardar la fiesta; y *hacer de las suyas*, y no porque fuesen de la clientela, pues se criaba muy alta la yerba en los patios de la universidad, señal evidente de que no entraban bestias por ellos. En vano algunos rectores y

los visitantes académicos habían luchado por abolir esta costumbre, pues los estudiantes se empeñaron en llevar adelante su tema favorito de *antiqui mores serventur*, y en celebrar la fiesta del santo glorioso á costa de los novatos, que llamaban *erasos*, y á despecho de rectores y cancelarios.

Desde la vispera se daba el terrible grito de

"San Anton, los erasos al pilon!"

y á este grito, que era la señal de alarma se embestía incontinenti á todos cuantos sombreros y bonetes aparecían en público sobre las cabezas de los que asistían á la universidad por primer año; y en seguida eran conducidos á la confitería, donde se veían precisados á rescatar sus prendas á cuenta de dulces. De nada servía el esconderse en los mas lóbregos rincones ó permanecer encastillados en sus casas, pues de allí eran estraídos mal de su grado, y tenían que pagar tanto mas, en razon á la rebeldía que habían opuesto. Ni menos servía el que tratasen de abandonar la *prenda pretoria*, que á veces no valía ni el equivalente de una libra de dulces, pues en tal caso se veían espuestos á perder pelo y orejas entre los dedos de los embestidores, ó ver su cara trasformada en escupidera, ó mas frecuentemente á ejecutar sobre una manta las piruetas que ensayó Sancho en el corral de la venta. En una palabra no había mas recurso que ser mártir ó pagano.

Sucedió, pues, que en el dicho día 17 de enero de 17.... ocurrióle al Sr. corregidor de Alcalá dirigirse hácia el arco por debajo del cual se entra desde la plaza mayor á la de la universidad, en la cual habían fijado aquel año los estudiantes su plaza de armas: en vano algunos catedráticos y personas bien intencionadas le aconsejaron que no hiciese tal temeridad, pues se esponía á ver desairada su autoridad en medio de aquel bacanal escolástico, como les había sucedido á varios catedráticos que se habían empeñado en tener lección en aquel día.

Pero el corregidor, que tenía los humos de justicia de enero, empeñóse en desmentir aquel dicho vulgar de "*Alcalá, que no hay justicia*," y revestido de su doble carácter de letrado y capitán á guerra, "veremos, dijo, si se atreven conmigo"; y se dirigió hácia los alborotadores seguido de *Garduña*, el alguacil mas tremendo de cuantos alguaciles hubo. Acercóse, pues, á la universidad con semblante adusto y severo, y no tardó en verse envuelto por la chusma.

Furiosas y amenazadoras eran las palabras que llevaba preparadas; pero viendo las malas disposiciones del auditorio, que se traslucían en sus semblantes fisgones y truanescos, hizo lo que dijo Camoes del otro

Traidores, fue á decirles, y turbado viendo cerca del pecho las cuchillas, mudó la voz, y dijo: ¡*Caballeros!* ¡por qué infamais los inclitos aceros?

pero como allí no había ni aceros ni cuchillas sino *projectiles subterráneos*, es decir, nabos y patatas, les dijo con el acento mas melodioso que pudo. "¿Serán ustedes capaces de insultar á todo un señor corregidor, capitán á guerra por S. M., y colegial mayor que fué de Bolonia?"

Callaron todos sorprendidos de tan estraña alocucion, y ya iba á proseguir con aire triunfante cuando en mala hora y peor sazon salió del medio de la turba una voz diciendo

"Que calle el Bolonio."

—Bolonio á mí... voto á tal: con que á mí Bolonio; y la turba toda repitió que "calle el Bolonio."

—Voto vá que si llamo un escribano haré que me lo de por testimonio.

—Calle el Bolonio, calle el Bolonio.

—Ustedes me la pagarán...

ó yo no me llamára D. Antonio.

"que calle el Bolonio" repitió la turba cada vez mas insolente, y el pobre corregidor, que en su juventud había sido poeta, se esforzaba en vano en buscar términos disonantes, pues solo hallaba terminaciones en *onio*; de modo que diciéndoles que les valiera mas estarse estudiando que no revolviendo, por decir los Vinios dijo el Febronio. Succediale al pobre lo que á Ovidio cuando decia

"Juro, juro, pater, numquam componere versus"

"El quod tentabat facere versus erat."

Aburrido el pobre corregidor, y viendo que principiaban á pasar de las palabras á las obras, obsequiándole con algunos disparos de *fideos de Fuencarral*, varió su plan de ataque, y trató de *mejorar de posiciones*, lo cual traducido del lenguaje estratégico al paisaneco, equivale á decir, "apretó á correr con el rabo entre piernas."

Pero habiendo encontrado á *Garduña*, que era su reserva, y durante la accion había permanecido á retaguardia, le dijo en tono imperativo: "embiste, *Garduña*."

—Señor, no embisto que soy alguacil de tierra.

—Embiste luego, *Garduña*, que no estoy para gracias.

—Señor corregidor, no es gracia que es justicia... ¿cómo quiere V. S. que arrostre una batalla nabal...?

—¿Tiemblas, *Garduña*?

—¡Yo temblar!!!!

y *Garduña* que la echaba de valenton, y solia llevar desabrochada la chupa, porque vieran que era hombre de *pelo en pecho*, escupió por el *golmiro*, y arremetió á la estudantina, que le recibió con mas algazara que los indios á Hernan Cortés en la batalla de Otumba. Bien pronto desapareció el pobre alguacil en aquel *mare magnum* de manteos, á la manera que un náufrago lucha en medio de las olas embravecidas, y asoma de cuando en cuando la cabeza, y se sumerge al punto, y vuelve á aparecer y á sumergirse. Llovian sobre el pobre *Garduña* bofetones, empujones, repelones, torniscones, y todos los acabados en *ones* que indican golpes y coscorrones; y no fue eso lo peor, sino que luego que vino al suelo, ocurrióle á uno de aquellos diablitos gritar "ropa que hay poca;" y al punto principiaron todos á echarse encima del pobre *Garduña*, que yacía en suelo exánime y hecho un ovillo, como Sancho entre los paveses, cuando la alarma de la insula en la última noche de su gobierno.

Luego, pues, que estuvo *Garduña* como Vasco Figueiras *trionfante y farto das cozes*, levantóse como pudo; recogió su sombrero de tres candiles, y marchó en busca del corregidor, que las había *afusado*, luego que vió cual paraba la turba á su satélite.

—"Señor, le dijo luego que lo vió, de cuantas averias he tenido, ninguna siento mas que esta.

—Ya se vé, como que es la que mas te duele ahora.

—No por eso, sino que me han roto la vara.

—La fortuna que valia poco, pues estaba torcida.

—Torcida no estaba, sino un poco cascada; pero yo les aseguro que no contarán por gracia el haberla concluido de romper.

—Pues que piensas hacer cuando ni hay aqui tropa que nos ayude, ni durante este día bacanal tienen respeto alguno á sus catedráticos.

—Yo sabré buscarlos cuando no esten juntos.

—Dices bien *Garduña*; y en verdad que no debimos atacarlos á todos juntos, pues segun aquel axioma que dice: *cis unita fortior...*

Bien lo dije yo, Señor; pero ya *tarde piache*, y á fé que sin necesidad de latines los meta yo en la trena.—Y en efecto se dió tan buena maña, que ayudado de dos compañeros suyos, y un zapatero de viejo que llevaba prevenido, para que acudiese á las voces de "favor al rey" metió presos antes de anocheer cuantos estudiantes encontró desvanados por las callejuelas, alegando que eran todos ellos de los que habian insultado á la justicia por la mañana.

II.

Hallábanse reunidos unos catorce estudiantes, todos ellos veteranos, y de lo mas aventajado de la universidad, en un cuarto bajo, apiñados unos sobre otros al rededor de una mesa, y estudiando simultáneamente, en un libro descuadrado y mugriento que solo tenia cuarenta hojas; cuando de repente vieron entrar al bachiller *Carraspera* sin sombrero ni manto, todo espeluznado, y con los ojos desencajados que parecian saltarse de sus órbitas.

—Eso es, les dijo con desentonadas voces, vosotros aqui muy divertidos, mientras que la facultad peligra, y nuestro fuero académico queda hollado y abatido.

—¿Y cuál es el peligro? preguntaron todos á una voz.

—Estais amenazados de ser en breve sepultados en una *tóbrega mazmorra* como lo estan ya *Cosme*, *Traganta*, el bachiller *Salomon*, y mas de catorce entre crasos y veteranos; y como lo estaria yo á no haberme valido de mis puños é industria escapándome por entre la horcajadura del esbirro *Garduña*, á quien logré de este modo arrojar al suelo.

—Ira de Dios, gritaron todos, eso pide venganza.

—Venganza no, gritó uno de los estudiantes, que se iba á graduar en teología, porque el vengarse es una cosa muy fea, y está prohibida: lo mas que podemos hacer es desquitarnos, porque sobre desquites no advierten nada los autores.

—Yo quisiera, dijo *Carraspera*, que la vista de esta sotana desgarrada por las impuras manos de los corchetes causase en vosotros la misma impresion que hizo en los romanos la túnica ensangrentada de Julio César...

—Mejor fuera traer un poco de lo tinto para hacer coraje.

—Venga, venga, gritaron todos; y poniendo la mano sobre la botella, dijo *Carraspera* con voz sonora y enfática:

Jurais por esto que tengo entre manos, que no habeis de beber mas que agua pura, ni con las damas folgar, y demas que en ello se contiene, hasta que hayais hecho con *Garduña* una de *populo bárbaro*...

—Juramos, gritaron todos; y en testimonio de verdad apuraron la botella *usque ad apices juris*, es decir, *hasta la pez del jarro*.

Procedióse en seguida á instalar un tribunal para sentenciar al reo, y despues de haberle acusado las tres rebeldías, se procedió á sentenciarle en debida forma: unos lo condenaban á seis carreras de baquetas, y otros á remojarlo en el pilon de la fuente.

—Eso seria una inhumanidad, gritó el bachiller *Pitillas* hacerle tomar baños estando el tiempo tan húmedo: mejor será ponerle unas ayudas de agua templada, que tenga unos 28 sobre cero, añadiendo por via de estimulante algunos polvos de pimenton picante.

—Nada de eso, dijo un estudiante de medicina, y ya que la cuestion de la pena que se debe imponer á *Garduña* ha venido á parar al terreno de mi facultad, soy de parecer que se ensayen algunas operaciones anatómicas, y supuestamente que es alguacil de *capa* no seria malo hacerlo de *capadocia*.

Encrespábase la disputa, pues cada uno queria que prevaleciese su dictamen de justicia vindicativa; pero viendo *Carraspera* que la discusion iba á tener un final desagradable, cortó la disputa diciendo: "señores, creo que debemos tratar primero de coger al reo, y en seguida obraremos segun las circunstancias.

Recibióse este dictamen con general aplauso á pesar de las protestas de alguno que otro, que hubiera deseado una determinacion menos equívoca.

Salieron pues á la calle provistos de garrotes, espadines, cuerdas y demas aprestos necesarios para aquel célebre hecho de armas. Asi que llegaron á la puerta del alguacil, aparentaron dos de ellos ponerse á reñir, gritando el uno de ellos, *ladron*, *ladron*: esta estratagema surtió el efecto deseado, pues *Garduña* asi que oyó la pendencia, arrojóse presuroso de la cama, y salió precipitadamente y á medio vestir, y como iba corriendo, tropezó en una cuerda, que habian puesto sus emboscados enemigos, y cayó de cabeza, dando una voltereta.

No bien habia caido cuando se renovaron sobre sus costillas el *zapateado* y la *zurribanda* que habia sufrido por la mañana, y en seguida le envolvieron en un manto, y cogiéndole entre todos, lo arrastraron hácia la fuente del palacio.

Aturdido el pobre *Garduña* con tan inesperado contratiempo, y arrollado en el manto, que le impedia el manejo de sus brazos, como si fuera una *camisa de fuerza*, se dejaba conducir sin resistencia; pero habiendo logrado sacar la cabeza, determinó probar el último recurso gritando con toda su fuerza "que me llevan los estudiantes," y esperando de este modo atraer en su favor á los vecinos que lo oyesen.

Apuradillo era el lance para los estudiantes, y aun algunos trataron de abandonar la presa, temiendo que salieran los vecinos en favor de la justicia; pero á todo suplió la sagacidad del bachiller *Pitillas*, que remedando al alguacil, gritó en falsete "que me llevan los estudiantes" y los demas gritaron lo mismo en favordon; y siguieron repitiendo á coro los gritos del alguacil ó *parodiando* los finales, de modo que si gritaba "socorro, vecinos, socorro" respondian los estudiantes *corro corro*; y si decia favor á la justicia, gritaban á coro *picia picia*; y todo ello alternado con sendos pellizcos y trompazos, hasta que tuvo que callar.

Sucedió, pues, lo que era de presumir, que los vecinos, creyendo que seria alguna broma de los estudiantes, dieron media vuelta entre las sábanas, y continuaron roncando, ó cuando mas maldiciendo el mal gusto del que tenia gana de alborotar á tales horas.

Con todo este aparato fue conducido el pobre *Garduña* hasta el pilon de la fuente, en donde le levantaron en alto, y despues de haberle cantado un solemne *gori gori*, sin hacer caso de sus imprecaciones ni amenazas, fue rebautizado por inmersión.

III.

A la mañana siguiente no se hablaba en Alcalá mas que del trágico fin del desgraciado *Garduña*: la opinion mas general era que se lo habian llevado los demonios en cuerpo y alma, y esta se corroboró mas al ver unas tripas tiradas cerca del matadero, asegurándose que los diablos le habian arrancado las entrañas.

Los vecinos contaban con asombro y horror las voces que habian oido, y de boca en boca crecian y se exageraban. Una vieja referia que habiéndose ella asomado á la ventana habia visto toda la calle llena de un humo denso á manera de niebla, que no permitia ver nada: mas á pesar de eso, aseguraba que habia atisvado mas de mil diablos,

negros como tizones, y con unas colas tan largas que se daban con ellas ocho vueltas al cuerpo: aseguraba que había visto sacar al alguacil por la ventana, y que habían echado á volar por encima de los tejados dando espantosos ahullidos, y dejando un olor de azufre intolerable.

Mientras que corrían estas noticias por el mercado y los portales de la calle mayor, cundió la voz de que en el chorrillo había un fenómeno, brujería ó cosa semejante, pero tan espantosa, que daba unos gritos formidables, de modo que ni aun los perros se atrevían á llegarse al bulto, y quedaban como atontados ladrando al rededor.

Varios estudiantes que estaban por allí y fuera de la puerta de S. Bernardo, parecía que estaban como asombrados de tan espantoso suceso, asegurando que aquello era cosa sobrenatural: uno de ellos conjeturaba que aquella debía de ser el alma en pena del alguacil *Garduña*, el cual como que había sido antes portero que guardian, (es decir, alguacil antes que diablo) habría jugado alguna treta á sus conductores, y se les habría escapado de entre las uñas, antes de entrar en el territorio de Pero Botero.

Pero al fin prevaleció la opinión del graduando en teología (el de la distinción entre venganza y desquite), que

afirmaba, que aquella debía ser en efecto el alma del alguacil *Garduña*, la cual probablemente no habría sido admitida en el infierno, y citó en su apoyo varios textos del padre Martín del Río, en su libro de *laudibus*, en que trata de duendes y brujas; y aun añadió que sería muy probable que se apoderase del primer cuerpo que se le arrimara. Hubieron santiguándose todas las viejas así que oyeron esto; pero viendo llegar en aquel momento las autoridades, pudo mas la curiosidad que el miedo.

Luego que llegaron estas, aproximáronse no sin algun temor hacia el objeto que escitaba la curiosidad general, y quedaron estupefactos al ver que era un bulto negro, con dos cabezas y seis patas: una de las cabezas era humana, y prorrumplía frecuentemente en gritos de dolor y cólera, que servían al mismo tiempo para espantar á los perros que le rodeaban, creyéndole su presa. Cuando llegaron al monstruo se trocó su admiración en risa, al encontrar en vez de una alma en pena, al mismo alguacil *Garduña*, atado y metido en el cuerpo de una mula muerta.

V. DE LA F.



¡Qué linda pareja!!!

ADVERTENCIA.

Desde el día 15 del corriente se hallan de venta en los puntos donde se suscribe al *Semanario Pintoresco* los tomos encuadernados correspondientes al año último de 1840, al precio de 36 rs. en Madrid, y con el aumento del porte en las provincias. A los mismos precios se expenden en los expresados puntos los tomos segundo, tercero y cuarto: el tomo primero se dará en Madrid á 30 rs.

Se suscribe en Madrid en la librería de la viuda de Jordan é hijos, calle de Carretas; en la de la viuda de Paz, calle Mayor, frente á las gradas; en la extranjera, calle de la Montera; y en la de M^{ma}. Poupart, calle del Arenal. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la administración del *Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

Se previene á los S^{res}. suscritores que no será satisfecha ninguna reclamación transcurrido que sea un mes despues de publicado el número que se reclama.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.